

UC Berkeley

Lucero

Title

El hombre araña (Canción de cuna)

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/4vt4m912>

Journal

Lucero, 12(3)

ISSN

1098-2892

Author

Torche, Pablo

Publication Date

2001

Copyright Information

Copyright 2001 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed



EL HOMBRE ARAÑA (CANCIÓN DE CUNA)

SHORT STORY

Pablo TORCHE
Imagen: Grigore Pop-Eleches

En medio del dilatado atardecer de la Sra. Gómez, cuando la cuota inevitable de aburrimiento diario se cernía ya sobre ella y venían a su mente sólo preguntas que eran difíciles de responder, el hombre araña hizo su entrada en el departamento. Y la Sra. Gómez se alegró lo bastante como para desear haber hecho el aseo todavía mejor, tener las mesas más relucientes, menos polvo sobre las alfombras y los cristales de las lámparas más limpios. O al menos haber tenido tiempo de sacarse los lentes, pensó, y deshacer el moño que, emergiendo desde su nuca como un muñón, debía verse tan feo dentro de los grandes, negros ojos insondables del hombre araña. Pues había soportado tanto tiempo el flujo manso e incoloro de la vida que ahora que por fin se presentaba algo que, sin soberbia, podía denominar un acontecimiento, le parecía tan injusto que no se le hubiese permitido prepararse. Y, un poco por esta desazón, un poco por la expectativa que de todas formas se despertaba en ella, se sintió de pronto recorrida por un temblor que (le pareció entonces) nunca antes había experimentado. Pero enseguida descubrió en ese estremecimiento algo que le resultó familiar, algo que conocía y ante lo cual no podía en verdad sorprenderse; Ese descubrimiento la aterró. Buscó desesperada, concienzudamente puertas de huída, y su terror disminuyó cuando comprobó que no había ninguna. En el hombre araña había una mezcla de incontenible voluntad y de candor. Todo su cuerpo reposaba mientras la miraba de frente en agitado sofoco (trepar le debía haber resultado agotador, se dijo la Sra. Gómez), pero había en aquel reposo una fuerza, un algo violento que, aún en inmovilidad, parecía estar oponiéndose al mundo, y denostándolo. Mientras la Sra. Gómez lo observaba sintió dentro de sí la incomprensible angustia de quien no tiene en su interior nada que perder. Luego se dio la libertad de quitarse los anteojos y frotarlos cuidadosamente con su delantal y, cuando se los volvió a poner, miró distraídamente la hora. Si tuviera una empleada, se dijo, en el continuo proceso de tira y afloja, órdenes incumplidas, mandados mal hechos, imprecisión y excusas, habría perdido la tarde entera. Sin embargo, como estaba sola, encontraba siempre el tiempo suficiente para organizarse, trabajar sin urgencia ni premura, y guardar una media hora para sí antes de que cayera el crepúsculo. Observó otra vez al hombre araña, con renovado interés: su cuerpo elástico parecía una tensa rosa roja engalanada con un botón azul. "Las rosas mejores y más bonitas" recordó de pronto la Sra. Gómez (no sabía dónde lo había escuchado) "son aquellas que se riegan con paciencia." Y entonces aguardó sin moverse a que aquella floreciera.

Transcurrió mucho rato antes de que esto ocurriera, sin embargo. Descolgarse de los edificios, luchar contra el crimen organizado, ser el blanco de los atentados más peligrosos era una actividad que lo desgastaba, se veía a las claras. Pero no era eso, en verdad, lo que hacía mella en su ánimo, dijo el hombre araña, sino que contemplar de pronto la ciudad delirante y disponible, pender del ojo negro de la noche sin ningún punto de referencia, palpar el espacio sideral e infinito, encandilarse con el paso de las estrellas, desvelarse con el latir infame del universo, era eso lo que lo atormentaba y lo hacía enloquecer. La Sra. Gómez no entendía del todo, a pesar de que estaba esmerándose en ello. Desde su punto de vista aquello seguía siendo fascinante. ¿Cómo podía no serlo? Descubrirse de pronto solo frente a los astros, señaló el hombre araña, y de igual a igual frente a los astros, percibir la honda fragilidad del universo tan cerca, y el caos del universo y la fuerza monstruosa y fatal y la entropía y el candor y la indeterminación de un universo frío y congelado no podía producir sino una fascinación siniestra, dijo. Dijo: pavor. Era por eso que a veces necesitaba bajar a la Tierra, entrar en un departamento y empaparse de manido sudor humano, sonidos humanos, piedad humana.

Y aun cuando la Sra. Gómez sí se conmovió con estas palabras, aun cuando comprendió por fin que el tormento del hombre araña era algo cuyo alivio no admitía ninguna dilación ya, aun cuando sabía con certeza que había millones de otros departamentos disponibles a los cuales podía marcharse en cuanto se lo propusiera, de todas formas optó por hacer acopio de su valentía, murmurar una excusa cualquiera y dirigirse al baño; como cuando regresó el hombre araña estaba todavía ahí, se felicitó de haberse dado tiempo para arreglarse frente al espejo, deshacerse aquel ridículo moño que llevaba y quitarse el delantal. Entonces pensó que si a lo largo de su vida hubiese tenido una mayor holgura, una mayor complicidad con las caprichosas retribuciones del destino, tal vez el hombre araña no estaría en ese momento con ella sino que habría elegido otra dueña de casa, más humilde, más común y corriente y más vulgar para hacer su visita. Haber llegado, fortuita e involuntariamente, a donde lo había hecho, le produjo entonces un sentimiento extraño de éxtasis. Las pequeñas frustraciones de cada día, la maniática cortedad con que manejaba el dinero (sobre todo cuando se acercaba el fin de mes), su matrimonio frugal y tan leve, y las abundantes dosis de compasión que se otorgaba tan seguido, le fueron placenteros. Cada uno de los pesados, agobiantes momentos de perplejidad y estupor que desgranaba todas las tardes junto a su ventana, observando en las calles el itinerario de personas que estaban más al tanto de las ventajas de la vida, y todas las excusas que había construido y deconstruido consecutivamente tantas veces para justificar su existencia, se le hacían ahora innecesarias, y el tomar conciencia de eso le causaba también placer. Observó a su visitante llena de inspiración, como descubriendo dentro de su estado atónito otro, y otro, cada vez más atónito. Los ojos del hombre araña no se sabía si lloraban. Asimismo, no se podía decir si estaban cerrados o abiertos. Tal vez fue eso, o su inveterada costumbre de sentir pena por los hombres que veía débiles dentro de su armazón tan poderosa, la que la llevó a compadecerlo a él también. No era nada más intenso que otras veces y sin embargo era más intenso: desgajado de algo pero formando parte de ella misma: no había nada diferente esta vez, pero al mismo tiempo era todo tan diferente. La señora Gómez comprendió que si no se acercaba ahora, al ritmo de su propia palpitación acechante y atemorizada, ya no se acercaría nunca. Y nunca era una palabra que la intimidaba, de manera que se acercó y lo contuvo entre sus brazos.

Como una flor haciendo erupción o como un beso, húmedo, anhelante, pudo sentir el cuerpo del hombre araña temblando en su abrazo. Y en el mundo de silencio que la rodeaba el sollozo mudo y la muda aceptación de su caricia retumbaron como un infierno. Todo lo que estaba vivo allí comenzó a arder y el ojo tenebroso de la ciudad sonámbula, adherido a la ventana y espionando, enrojeció también. Dentro del propio infierno de la Sra. Gómez, que era un infierno hecho de temor cotidiano, se encendió una angustia. Y esa angustia la hacía preguntarse por la hora, pero no podía alcanzar su reloj y abrazar ese cuerpo al mismo tiempo. ¡Qué divertido! Era divertido que en su vida, que nunca ocurría nada de interés, de pronto ocurrieran tantas cosas que no tenía tiempo ni siquiera para mirar la hora. Habría de ordenarse pues, y buscar la mejor manera de dar cabida a tanto requerimiento para tan corto lapso. Es que la vida había sido siempre tan magra y tan escuálida para con ella que no estaba acostumbrada a no dar abasto.

El hombre araña pasó una mano por sobre la tersa nuca de la Sra. Gómez. Su piel tembló; se sentía un poco avergonzada debajo de ese pelo que comenzaba a encanecerse y con sus ojitos, que debían haberse vuelto más chicos después de tanto tiempo tras los lentes para la miopía, parpadeando muy rápido y brillantes a causa de la lacrimosidad. La Sra. Gómez pudo percibir en esos pequeños detalles hasta qué punto no era joven ya, y esa constatación la hizo dudar por un momento. Se desprendió un poco. ¿El hombre araña hacía visitas de este tipo con mucha frecuencia? Quiso saber entonces. ¿Los seres humanos no lo atemorizaban nunca? ¿Realmente nunca? Y en el caso de que no ¿era debido a su valor o más bien a su ingenuidad? Y por otro lado, cuando bajaba ¿no extrañaba su mundo de alturas? Poder observar a los hombres como guijarros diminutos en el fondo de un precipicio, poder desplazarse entre las largas telas de la noche tendidas junto a los astros, ¿no extrañaba todo eso cuando estaba aquí abajo, entre ellos?

El hombre araña no respondió. Su cuerpo se estremeció eso sí, y sus ojos negros (no se sabía si abiertos o cerrados), se volvieron de pronto más negros y anchos. La Sra. Gómez se calló. De pronto estaba asustada. Ese silencio la asustaba. A diferencia de otras veces, el silencio ahora la asustaba. La proximidad de la noche la asustaba. Se sentía pender y rodeada de calma y de ternura. La tarde se agitaba suave, pero el hombre araña era todavía más suave. Y cuando se le acercó, lento, inescrutable, seguro, y dijo que no quería hacerle daño, se asustó todavía más. En los momentos de mayor peligro, contra aquellos enemigos más poderosos frente a los cuales ninguna de sus tretas daba resultados, el hombre araña recurría a una melodía, una especie de canción de cuna con la cual arrullaba a su víctima hasta hacerla adormecer. Ése fue el

mecanismo del que echó mano para tranquilizar a la Sra. Gómez. Y suavemente al amparo de ese ritmo, el departamento aquél (Sra. Gómez en el centro, luciendo un poco espantada, y muebles recién fregados, alfombras recién desempolvadas, cristales acabados de bruñir) se meció lánguidamente un rato. Por un momento el jadeo del mundo cesó y en la tregua de aquel alivio tan repentino, la Sra. Gómez avanzó un poco (sus manos todavía en el regazo, buscando nerviosamente un delantal del que ya se había desprendido) y se detuvo de frente al hombre araña, casi tocándolo, pero sin tocarlo, porque sentir allí su aliento fresco, separado de ella sólo por una distancia ínfima que en cuanto quisiese podría suprimir, le causaba gozo. Por fin tenía al alcance de su mano algo que no era ella, (algo que formaba parte del mundo, pensó llena de orgullo) y que, no obstante, en cuanto quisiese podría hacer suyo. Tomar conciencia de esa posibilidad de improviso, la hizo estremecer. De alguna forma todo el poder grotesco del mundo le pareció entonces pequeño y ridículo comparado con el suyo propio y, en la expectativa, sintió el viento fresco de la extraña fragilidad del mundo. Y por aquel lapso pudo comprender también al hombre araña y al terror que lo dominaba cuando no bajaba a la Tierra.

Entonces se sintió cansada, mareada, bajo el efecto de una droga muy mala que la había hecho subir y ahora la precipitaba. Se abrazó pues al hombre araña y lo besó y ambos se besaron y él la besó a ella. No lo había pensado dos veces, pero ¿desde cuándo pensaba tanto las cosas antes de hacerlas? La llegada de su esposo le otorgaba todavía media hora, y ella había trabajado tan duro durante todo el día, ordenando, limpiando y distribuyendo para hacer a las horas remolonas transcurrir finalmente, que ahora se merecía por completo aquella media hora dulce. Tiritó de frío y el hombre araña la estrechó. Se había mostrado débil y frágil y vulnerable durante tanto tiempo que se había olvidado que se trataba de una conducta deliberada. Hacía muchos años había suspirado y dejado traslucir su debilidad y un hombre la había tomado por esposa; hace todavía más tiempo había languidecido en agónica espera y otro hombre había estado consolándola hasta que había crecido y se había hecho adulta. La soledad, que no era lo mismo que estar sola (a esto estaba muy acostumbrada) la dañaba. Se estremeció en silencio y el hombre araña la levantó en sus brazos rojos y la llevó hasta la cama. Una nube blanca que se desprendió de sus cabellos y quedó flotando en el aire fue el único rastro de aquel itinerario. La habitación estaba en orden. Junto a la cama muy bien hecha, uno a cada lado, reposaban los veladores, con simétricas lamparitas de pie sobre ellos. Al hombre araña tal vez le molestara la luz, pensó la mujer. Pero de inmediato lo olvidó porque se preguntó qué vendría antes que ella. Después de ella estaba la muerte, pero ¿antes? No lo sabía. Su vida había tenido algunos momentos hermosos. Pero ¿qué le esperaba el resto de sus días? Lo sabía: envejecimiento. Le gustaba hacerse preguntas cuyas respuestas podía encontrar. ¿Después de la tarde? El anochecer. Tras uno y otro día caía otro día, que había estado esperándola. De su melancolía surgía felicidad, de su felicidad melancolía. Había aguardado tanto tiempo llena de incertidumbre y nada había sucedido. Y luego, cuando se había cansado de esperar y se las arreglaba bastante bien con su tranquilo abatimiento, el hombre araña descendía de pronto. Esa arbitrariedad la sofocaba. Después de un hombre, un niño, que sería después otro hombre, pensó. Por todos lados había arbitrariedad. Los seres humanos se reproducían. Sin saber por qué, este último pensamiento la desconcertó. La hacía sentirse desvalida, como si encontrara un dolor nuevo dentro de sí, uno frente al cual no había preparado ninguna defensa. Y entonces pensó: no tener hijos, tal vez sea eso. Pero de inmediato una multitud de nuevos pensamientos explotaron en su cabeza: tal vez fallar a la hora de ser una esposa perfecta y una mujer perfecta; o quizás era que sus amigos no le parecían verdaderamente interesantes o simplemente el hecho de que no conseguía quitar nunca todas las manchas de la alfombra o que también fallaba siempre un poco a la hora de ponerse maquillaje. ¡Pero no! reflexionó de pronto. Era la vida en sí misma que se le hacía tan pesada, insatisfactoria incluso, en aquellos cortos lapsos, al final de la tarde, cuando todas las tareas domésticas estaban acabadas ya pero su esposo aún no habría de llegar, y en los cuales se sentaba frente a la tarde gris y triste y distante que se difundía lentamente del otro lado de la ventana y se hacía preguntas que nunca podía responder. Un momento seguía a otro momento, pero detrás del tiempo ¿qué había? He ahí algo que ignoraba y que deseaba esclarecer. Ella estaba ahí (un sitio desconocido), pero antes de ella, qué había habido en ese lugar que entonces ocupaba, ese lugar del cual, sin buscarlo, sin darse cuenta siquiera, había tomado bruscamente posesión hace unos cuarenta años y ahora, más que nada por costumbre, se resistía tan fieramente a abandonar. ¿Qué era lo que había habido antes allí? Tendría oportunidad de pensar acerca de eso y tal vez llegaría a resolverlo antes que la muerte se abalanzara sobre ella. Tal vez no, pensó, mientras se desnudaba sobre la cama, tal vez nunca. Nunca: otra vez estaba ahí esa palabra, que la asustaba.

En el curso de aquellas reflexiones, el hombre araña, por su parte, había dejado de titubear. Lo que

había sido sigilo ahora era deliberación; la ternura se había transformado en brusquedad y en insensible dureza aquello que hace apenas un rato había sido sensibilidad extrema. En algún punto que ella se había perdido, la suspicacia del hombre araña se había convertido en irritación y su silencio, ahora, se le hacía maligno. Sólo sus grandes ojos negros permanecían igual que antes. Esos ojos que ella no podía penetrar. Cada momento tenía su enigma, pensó la Sra. Gómez, y la vida tenía otro. Un misterio no era algo que una pudiera tocar, era la auscultación de un órgano cuya naturaleza desconocía. Abrazó al hombre araña por la cintura y lo atrajo hacia sí. Sus manos blancas, sobre la espalda azul y roja, parecían la roseta de un paquete de regalo, pensó. No quería pensar, en realidad. Pero las preguntas venían a su mente sin descanso. Dentro de poco ella misma se ofrecería como un espacio vacío y al hombre araña le requeriría algún esfuerzo llenarlo otra vez. Si no era una mujer ¿qué era entonces? Y si lo era, asimismo ¿qué era, al fin y al cabo? Después de mucho tiempo mirando a través de la ventana de su departamento, después de haber arreglado, adornado, revisado, se seguía preguntando las mismas cosas. Ahora, dentro de poco llegaría su esposo y otra vez no tendría tiempo de arribar a ninguna conclusión.

Y en eso, de pronto, el hombre araña terminó su tarea. Cualquiera que lo hubiera visto saltando de una pared a otra, cualquiera que hubiera tratado de seguir su fugaz trayectoria sobre el cielo de la ciudad, habría anticipado que también esta gestión culminaría muy rápido. Si pudiera penetrar esos ojos, pensaba la Sra. Gómez, tal vez llegaría a descifrar el enigma del momento. Y luego se preguntó: "¿A qué se dedicará el hombre araña ahora que ha terminado conmigo?" En esta nueva interrogante podía palpar que un momento había transcurrido. Entonces se desperezó ella también. Palpitó, latió, reconoció de nuevo su propia habitación y su propio cuerpo como si temiese que algo imperceptible hubiese mudado de forma: después del examen no quedó por completo tranquila. Si ante los desconocidos una guardase la misma compostura y el mismo recato que frente a las personas conocidas, pensó, ya no disfrutaría de andar en micro, de pasearse por los malls interminablemente, de salir a la plaza sólo para respirar el aire de la mañana. Y ante el hombre araña (frente amplia, nariz recta envuelta en tensas redes, las mismas que envolvían sus ojos impenetrables) podía ser también ella misma, como si no lo conociese en absoluto. Encontró en aquella tortuosa condición - ser sí misma- un súbito placer. Y pensó que era un privilegio que iba más allá de un mero consuelo y se sintió afortunada y de nuevo en paz con todo lo que había sido. Sólo que, antes de ser ¿qué había sido? pensó, mientras miraba a través de la ranura de la ventana (que la cortina dejaba descubierta) la tarde silenciosa que no cesaba de caer. De ahora en adelante aquel paisaje habría de torturarla. No tanto a causa de que el hombre araña no iba a estar con ella, sino más bien por el hecho de que podría estarlo. No estar pero poder estar. No era feliz, desde luego, pero podría serlo. Esa posibilidad iba a ser su martirio. Se imaginó entonces en tensa espera, observando al tráfico agitarse con más y más fuerza sobre las avenidas y a los vecinos encendiendo las luces y ella tan callada y quieta hasta que la noche no fuera más que esos rectangulares ojitos amarillos o blancos sobre los otros edificios, con estudiantes detrás, o dueñas de casa poniendo la mesa, o una pareja en avanzado estado de gravidez viendo televisión y ella en cambio sin nada que hacer, porque había estado demasiado hacendosa durante la tarde, demasiado prolija, demasiado activa, demasiado eficiente y ahora, aguardando a su esposo, triste mientras observaba el largo fenecer del crepúsculo, en paz, pero demasiado en paz consigo misma. ¿Qué había antes de ella? Necesitaba descubrir eso para saber qué había en ella ahora.

Miró su reloj. De pronto, sin saber por qué, estaba ya de pie junto a la cama y el hombre araña sentado en ella, todavía jadeando y reponiéndose de aquel encuentro que había sido tan corto. La Sra. Gómez le advirtió que tenía que irse, pero el hombre araña no dijo nada. Se puso de pie y la miró un poco. Hasta ahora no le había molestado a ella no poder ver dentro de sus anchos ojos negros, pero entonces le hubiera gustado observar lágrimas en ellos o un mudo resplandor de súplica. Pero todo lo que ofrecía para la interpretación era su humanidad inmóvil, ni siquiera cansada ya, azul y roja, inmóvil, y la Sra. Gómez trató de extraer la máxima satisfacción de esa inmovilidad. Y de repente, sin que el tiempo diera ninguna señal de movimiento, (sobre la ciudad todavía se arrastraba la noche y de vez en cuando se detenía y echaba una ojeada a través de la ventana) la hora llegó, ¡la hora! pensó la Sra. Gómez como si sintiera en su interior una lágrima, ¡la hora!, una campanada resonó muy hondo en su corazón y los colores del hombre araña se destiñeron un poco. La penumbra tiritó, como tiritita un ojo o un músculo después de una exigencia, y la Sra. Gómez pensó que le hubiera gustado que el hombre araña le rogase quedarse, o que le propusiera algo loco, algo descabellado, matar a su esposo por ejemplo, y quedarse para siempre con ella. Pero hubo de razonar; considerar; preguntarse cosas. Cuando volvió en sí estaba alelada. ¿Dónde se encontraría a sí misma? Durante el día, después de lavar, fregar, restregar, a menudo buscaba una superficie lisa y bruñida para observarse y aquella pregunta venía a su mente. Luego llegaba su esposo y la hacía sentirse viva otra vez.

Pero igualmente después se iba otra vez y ella volvía a preguntarse ¿dónde estoy? Caminó. En el caminar encontraba cierto descanso, cierta claridad. El hombre araña venía a sus espaldas, lo sentía avanzar, no en sus pisadas sino en el conmovido silencio que esparcía al desplazarse. Y de pronto, ya no lo escuchó más. En ese momento, (que de alguna manera esperaba) sonó el timbre. Comprendió entonces que todo volvía a ser como antes. Después de un silencio ella correría a la puerta. ¿Cuál sería el misterio de ese instante? El misterio de ese instante sería ella, en la certera mirada de su marido. Después vendría el beso cotidiano y el misterio entonces sería la ternura, que ella sentiría desparramándose dentro de sí. Su marido traería consigo todas las noticias del mundo exterior, de lo que no era ella; y ella sonreiría y en ese segundo el misterio sería su sonrisa. Hasta que él se acercara y la hiciera temblar. La besaría intensamente y ella pensaría en todos los eventos que le habían sucedido ese día, y se dejaría abrazar. ¿Qué había hecho? querría saber de inmediato su marido, lleno de consideración. Había leído, había cocinado, había dispuesto. ¡Ah, algo más! lo olvidaba. Tal vez sólo a causa de que el teléfono había sonado tan pocas veces había tenido la oportunidad de perder el tiempo preguntándose quién era ella. Después de la vida viene la muerte, diría, pero antes de la vida ¿que viene? Su esposo la miraría sin comprender. Después de la muerte viene la vida, diría ella, pero igual, antes de la vida, ¿qué viene? Entonces su esposo recapacitaría. En sus ojos fríos se podría leer claramente que trataba de imaginar qué sería lo que estaba pasando dentro de la cabecita de su esposa. Nada, diría ella, sólo que me he esmerado mucho durante todo el día en distribuir, encargar y solicitar, y me ha sobrado un poco de tiempo antes de que tu llegaras y me he preguntado, después de mí, soy yo otra vez, pero antes de mí, ¿quién había? Pero su esposo se acercaría todavía más (su aliento y su rostro afeitado iban a aterrorizarla), y le preguntaría de nuevo, ¿qué hiciste, qué te pasa? y ella, todo temblor y toda culpa diría nada, sólo cocinar, limpiar, ordenar, las labores domésticas y luego, antes de que tú llegaras, tal vez porque lo hice todo demasiado rápido, me sobró media hora y en esa media hora no sé lo que hice, diría, no puedo recordar lo que hice, diría. En ese momento el misterio sería ella otra vez.

